

# CANTICO

HOJAS DE POESIA

F. A. RENÉ de CHATEAUBRIAND

(1768-1848)

## EL BOSQUE

Oh bosque silencioso, amable soledad,  
que dulce me es cruzar vuestra sombra ignorada!  
Extraviado en vuestros laberintos sombríos  
un sentimiento libre de inquietudes me asalta.

Magia del corazón! Yo creo ver exhalar  
del césped, de los árboles, una tristeza vaga:  
La onda que oigo pasar blandamente murmura  
y desde el hondo bosque parece que aún me llama.

Oh, no poder, dichoso, pasar toda la vida  
aquí, lejos del hombre... Al rumor de las aguas,  
olvidado, soñar a la sombra del olmo  
sobre un tapiz de flores y de hierbas tempranas.

Todo habla y me place bajo estas graves bóvedas:  
la madre selva trémula en el viento que pasa  
y el enebro, ornamento de un salvaje retiro,  
balancean temblando sus móviles guirnaldas.

Guardad, bosques, mis votos ¿A quién seréis más caros?  
Otros os contarán sus pasiones extrañas.  
Yo de vuestros encantos os hablo solamente  
y vuestra soledad lleno con su alabanza.

(Trad. de Ricardo Molina)



del. MOLINA

# HOJAS DE POESIA

DIRIGIDAS

POR

RICARDO MOLINA - PABLO GARCIA BAENA - JUAN BERNIER

## SUSCRIPTORES DE HONOR

DE

### CANTICO

Perfecto García Conejero  
Pilar Sarasola  
Mario López  
José M.<sup>a</sup> González del Campo  
Rafael Laffón  
Francisco Poyatos  
Julio Aumente  
Pedro Pérez-Clotet  
Miguel Aguirre  
Joaquín de Entrambasaguas  
José Dieguez  
Fernando Labrador  
Carmen Conde  
Octacio Diaz Pinés  
Juan Carandell

### COLABORAN

Chateaubriand - Julio Aumente - José Albi - Mario López - Juan  
Guerrero Zamora - Octavio Smith - Roque Esteban Scarpa - Pablo  
García Baena - José Romillo - Joaquín González Estrada - Quinto  
Horacio Flaco - H. W. Longfellow - Deszo Koztolányi - Adolfo  
Gustavo Pérez - Inés Palazuelo - Miguel Romero Martínez - Carlos  
Benedek - Miguel del Moral - Ginés Liébana - Pedro Pérez-Clotet  
y Ricardo Molina

Dirección: C. Cascajo, 74.



## HIMNO AL ARCÁNGEL SAN RAFAEL

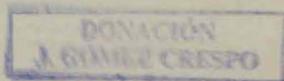
JULIO AUMENTE MARTINEZ RÜCKER

Rey de la nube, frágil pie de pluma,  
sobre Córdoba vives, Rafael.  
Báculo, clave, vínculo, divisa,  
alba de Dios, estrella, luz fulmínea.

Por tí, Arcángel, el rayo su largo dedo aparta  
del pastor señalado que tiembla bajo el árbol.  
Lambel, corona, cingulo, zafiro.  
Mística música tus alas componen  
sobre el azul de la escala celeste.  
Prisma de luz descompuesta en rubíes.  
Fulguración de la gloria.

Lívida empaña la lava escarlata,  
Rafael, tus sandalías de oro.  
Pero en las torres más altas que habitas  
el pecado a tus plantas se funde,  
—plata que hirviendo derrama su brillo—  
como la escama del pez que en tu mano  
da sus reflejos al sol de la tarde,  
para que ciña violeta  
tu cabeza y tu cuerpo dorados.

Labio, doncel, espada, vuelo, herida,  
arcángel Custodio de Córdoba.



# JOSÉ ALBÍ

(De «Dios en mi tiniebla»)

## SOLEDAD

No estar nunca. No estar. No estar.

Dormido el espacio sin agua y sin regazo.  
Y el rebelde horizonte  
más lejos y más lejos.

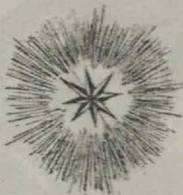
Yo, mientras tanto, dentro de mí mismo;  
y sin una ventana que me salve.  
Una ventana para el humo ciego  
de mi perpétua hoguera.  
Y una voz.

Y un clamor.

Y un agitarse de hojas.  
Y un puñal taladrando la tiniebla.

Pero sí: ya en mis sombras percibo una presencia.  
Gigantesca presencia  
que está en mí y está fuera  
y está en todos mis sueños.  
Presencia que no rompe mi soledad  
y atormentadamente la deseo.

Eterna soledad de tu presencia.  
Tuya y mía, Señor.  
Nuestra presencia sola y sin principio.



## AIRE IMPURO

Señor, este aire que me ahoga  
y viscoso desborda mis costados,  
y anida en mi tormenta.  
Este aire sin aire y sin pulmones,  
¿es también tuyo, Señor?

Yo surjo de él y quiero remontarlo  
porque él me trae dolor de chimeneas  
y de aguas estancadas.

Me llega a través de una historia sin nombres.  
Una historia, Señor, que conmigo se inicia  
y conmigo se acaba,  
porque yo soy mi centro  
del mundo de los hombres.

Limpia, Señor, el aire  
que sacudiendo el musgo de mis rincones  
trepa por la escala sin forma de mi sangre.  
Limita mi impureza  
con tu pureza de árbol que me nace.

# MARIO LÓPEZ

## CON EL AIRE DULCE...

Con el aire dulce.  
Con el campo triste...

¿Por qué sin llamarte  
de nuevo volviste?

¿Por qué me has herido  
con la amarga daga  
del recuerdo antiguo?...

¿Por qué sin llamarte  
te has puesto delante  
de mis torres nuevas  
que se me derrumban...?

¡Que se me derrumban,  
amor, sin quererlo...!

¡Que se me derrumban  
ante tu recuerdo...!

¡Que se me derrumban...!

## AQUELLA

Por el sabor de la hoja  
del limonero mordida  
despiertas en mi garganta  
con perfume de arriates  
bajo la lluvia...

Y recuerdo  
que te conocía...

Yo estuve  
contigo en lejanas tardes  
y tú dejabas mis labios  
sentir tu frente, y mis ojos  
llenar tu voz, y mi alma  
besar tu luz...

Si... recuerdo  
que te conocía...

¡Tú eras  
aquella y yo te pintaba  
mi corazón en los vidrios  
con niebla de tus balcones...!

# JUAN GUERRERO ZAMORA

## ESTA MUJER Y EL TIEMPO

(ELEGIA)



En rosario de tiempo cuenta su vida  
y su cuento es vicioso: murciélago rondando en torno del  
cuando su corazón aún criaba azucenas. (instante  
Hila su rencor: en amargos espinos clava secas pasiones  
y después ríe sin dientes.

Si la véis al pasar, no estrechéis el brazo compañero  
ni engarcéis vuestros ojos en la mirada amante.  
Tened piedad que vuestro amor le ofende.  
Escoged un ceño invernal,  
el rictus más desarticulado en vuestra boca.  
Tened piedad...

Un día,  
que testimonia un despintado bastidor  
con un lienzo bordado de corazón y flecha,  
ella tuvo los ojos más celestes.  
Entonces era tersa y esperaba...  
Pero los albos visillos de su ventana alerta  
se tornaban pajizos, roía la polilla sus sábanas sin uso  
y sus senos crujían.

Temblo de sangre: peces: hojas de viento acaso,  
ascendía su carne desde los pies inmóviles;  
y dejó de esperar al elegido.

¡Un hombre recio, un hombre  
olviendo a yerbas serranas,  
o empapado de sol,  
o espumeantel  
¡Aunque fuera sólo el hombre de un día,  
de un momento, de una ronca palabra; aunque viniese  
remordido por una esposa oculta!

...Rechazaron su arena. Pasaron. Por la calle,  
unos pasos felices o abatidos o breves:  
pasos, pasos... El tiempo era medido por los pasos,  
presentidos, cercanos, que llegan,  
que prosiguen:  
se borran...

Se apagó su mirada bordando algas marchitas,  
y sus manos colgaron por la reja, inmaculadas,  
como tronchadas flores...

Después llamó a los gatos  
y los durmió en su pecho que ningún hombre quiso:  
Pequeños, grandes gatos  
dormitando en su cuido, runruneando célibes,  
inundando la noche de luces escamadas,  
fosforescentes, fúnebres...

Ella, como una reina con corona de trapo,  
de estridentes colores vestida, pasea.  
Sugestionada,  
se cree feliz repartiendo escudillas.  
Pero en la íntima hora,  
cuando lejanos gritos de ahogados parecen escucharse,  
su voz levanta un sauce de llanto hasta la luna.  
Acaricia los huesos de su cuerpo,  
humedece sus labios: pergaminos crujientes...  
El tiempo, poseyéndola, ríe, ríe, ríe...

Tened piedad. No ser amados nunca  
es sentir que el mundo nos escupe;  
es arrastrar la vida, maldita,  
como un musgo invasor que nos devora.  
Y esta mujer—¿no véis?—  
va goteando cera por sus manos quebradas,  
esa cera del tiempo, que la cubre...

Tened piedad. Marchaos.  
Hace mucho que se extinguió el momento  
de detener el paso.

(de «Amargo fruto. Anillo», próximo a aparecer  
en la Colección «Norte» de San Sebastián)

# OCTAVIO SMITH

## HUMO AL CIELO DE OCTUBRE

Extenso y sigiloso Octubre arrecia.  
Como un sabor creciente persuadiendo  
va desde adentro la radiosa  
tirantez del verano, que con furia  
tersa de piel de fruta y vestidura  
de férvida hojarasca  
una pared al sol vibrando expresa,  
sustituyendo va carne entregada  
por su parca sustancia misteriosa.

(Qué yermo paladar mientras el viento  
desafine la noche entre los árboles,  
disperso el manuscrito primorosos,  
su distendida, unánime inocencia,  
el latido en la tarde propagado  
cuando en vasto sistema nítido rielan  
los labios y la estrella y la enramada).

Durar era sentirse surcado,  
vivo en hialina trama frutal que sin orillas  
movía de carne a carne su oleaje  
de brocado fragante y poderoso.  
Gajo aprendiendo mineral costumbre,  
menesteroso príncipe embozado  
sólo aquí dura, mece oscuramente  
lo estatuario del hueso que lo usurpa.

Piedra letal de Octubre. Turbia y densa  
lectura son, vetas sin fin, aquellas leves

escorias otros días  
flotantes entre el aire luminoso,  
desligados presagios que la carne  
fácilmente eludía. Lo perdido  
se agolpa ahora, magra estirpe en desuso  
que óleos de la nostalgia no penetran.  
Descarnadas han sido hasta su fibra inerte  
las mallas a otros cuerpos tendidas tan morosas.

Pero el horror no llega como no llega el ansia.  
En la piedra de Octubre ni aurora ni poniente.  
Un solo cuerpo vasto, un solo rostro  
cogido en la silente llovizna de la arena,  
en su múltiple tacto minucioso  
de secretos que nunca se descifran.  
Sólo la esfinge: piedra y certidumbre  
de ser cuerpo final sin que resquicios  
del gris esculpido entreguen huella ni promesa.

Así la muerte a su postrer estación un cuerpo ajusta,  
aquí y allá cercenando, lenta y sucesiva,  
el cintilar de un gesto, la premiosa, núbil,  
indecisa tensión por ser más de otro modo.  
Cuerpo postrero de los días; fijas,  
piedra en la piedra, antiguas briosas lumbraradas.  
Parejo al que la muerte esculpe aislase,  
y en él rebotan todos los sentidos: sólo sobra.  
Apenas si el poema sueña un vuelo, un deseo,  
humo al cielo de Octubre pegado, susurrante.

## RUINA DE LA LLUVIA

No sé, no sabré nunca lo que la lluvia dice  
cuando se ha ido y el Domingo y la tarde desmenuzan  
plateadas escorias de piar ingenuo  
sobre la ciudad de pronto ingenua y núbil,  
lavada y campesina, la ciudad de pronto  
como el alma olorosa de la lluvia que ha muerto,  
el alma de tesoros pueblerinos de la lluvia;  
cuando la tarde esos tesoros sagazmente escancia  
y amenos y distantes me transcurren los niños,  
las mujeres de ubérrimo reposo fino y hondo,  
todo el bullicio errante y disperso y tan volátil  
que a los sagaces dedos de la tarde escaparía.  
Nunca sabré de fijo lo que la lluvia dice  
cuando se ha ido y en la lumbre dócil,  
furtiva con que acude el día se deslizan  
con pirueta inaudible moradas vestiduras,  
y negras aves diminutas en la cima vibrando  
ungen con delicada y evasiva liturgia.  
Nunca sabré pero me digo cómo amar o qué príncipe

de solariega umbría denodada, rumoroso  
guarda de lo que sólo en viejos tapices mora y arde,  
como a exaltado fieltro vago reverencian  
el ocio móvil del Domingo, festival de onírico  
vidrio astillado, la tarde perspícaz y núbil,  
las febles, noveleras ruinas de la lluvia.  
Cómo emprender ahora una mujer, su cuerpo  
de sagrada sonoridad llameante, creativa,  
la poderosa y leve ondulación de su reposo,  
desazonante halago, cielo que envuelve y se recata.  
Si algo dice la lluvia que se ha ido, fresca ausencia  
desaliñada, ilusoria breña estremecida,  
si algo en la tarde del Domingo como asueto  
tremola, como brío de indecisos juglares,  
otra forma me escoge, faz de lo evaporado,  
flota y envuelve la maraña decidora,  
porque surcado y desprovisto quedo, vidrio  
tañido inerte, hidalgo de ebria provincia yerma.

## EL DESOÑADO

ROQUE ESTEBAN SCARPA

En el alba engendraste mi alma perdurable.  
El cuerpo ya era sobre la seca tierra,  
entre niebla e inocencia por las formas herido.  
Fué tu voz quien condujo el destino a mis ojos,  
revelando al dolor la razón de la llaga.  
Recliné en tu pecho mi cansancio de hombre  
y soñaste en mi nada estas alas que porto.  
El aire y el espacio también tu los creaste  
y maduró la vida sostenida en tu sueño.  
Despertar no debía, mas en mi propio cuerpo,  
un grito derribado clamaba por el sol.

Y dije apasionado: No quiero que me sueñes.  
Quiero herirme en la luz y en la tiniebla ajena,  
ser dueño del destino y el sentido profundo  
que en armonía tejen los actos de los hombres.  
Tengo alas que vibran y que en tu aire denso  
cual almendros de hielo se quiebran tristemente.  
Y este amor, este ansia que despierta en mi sangre  
quiere ser en las carnes inviolado recuerdo.  
Oh, cuanto exista mi ser cantaré tu presencia,  
pues raíz eres tu que para mi vida labra  
el sonido, la forma y el hábito de amor.

Con el lento cansancio de quien oye palabras  
sabidas de antemano, por el tiempo ya dichas,  
con la espesa fatiga del que dibuja un sueño  
que la primera luz destiñe con sus pasos,  
tu me olvidaste. Yo ignoré tus lágrimas:  
mis ojos embebido en su claror naciente  
ciegos estaban para todo llanto.

Sentí caer mis alas sobre una aurora fría,  
en un silencio vasto de mármoles quebrados,  
donde el aire paseaba en soledad absorta  
y la muerte brotaba donde la propia vida,  
escondiendo su rostro tras laureles eternos.

Ya mis ojos se hirieron en el temprano otoño  
de las luces y formas, mordidas por la sombra.  
Una luz muy triste coronó mi figura.

Tener el infinito sin amor es la nada  
y querer es donarnos al más incierto ensueño  
y en un perfil morir que no es el nuestro.

Vi mi libertad cual una ciudad desierta,  
como una niebla dura donde nada creciera,  
vi la pena, el amor, irguiendo sus espinas,  
el tiempo indiferente que nos deja, llevándonos,  
vi nombres ya marchitos, y manos desoladas,  
y ser sólo el recuerdo en memorias de humo.

## LAS TRES VIEJAS MUJERES

PABLO GARCIA BAENA

Lloraban quedamente por largas galerías  
las tres viejas mujeres.  
Levantaban cortinas a otras tardes lejanas  
y detrás de los vidrios  
el velo de su aliento se bordaba de fechas,  
de iniciales, de llanto...  
La estancia en el olvido de vasos disipados  
derramaba la noche sombría de las violetas  
y la cera caliente de los nudos  
sus lágrimas cuajaba sobre rasos marchitos.  
Cúpulas de suspiros coronaban los muros  
como la verde ortiga sobre antiguas ruinas  
y el otoño su cuerno de luna hendía, rosa,  
por muebles enfundados y espejos desvaídos.  
Había un oro naranja en las finas molduras  
y besos que jamás llegaron a sus labios  
escritos en la tinta perdida de las cartas  
y el fuego perfumado de las flores silvestres  
deshacía sus cenizas en las bellas novelas  
donde las heroínas se llamaban Carlota  
y su pelo era rubio como una llama líquida  
y el Amor conocían...  
Al acostarse, siempre, se miraban los hombros  
en la pupila turbia del espejo.  
Eran hombros de niebla, de ámbar mortecino,  
de nacer que en escamas fuera cayendo pútrido.  
Hombros que envejecieron en el abrazo lánguido  
de los sedosos chales.  
A la luz solitaria de la pobre bujía  
volvían a adornarse de entredoses pasados,  
de plumas, de lazadas. Hablaban como en tiempos:

Recuerda bien, Eulalia.

Adolfo era entonces capitán de corbeta...

Julia, ese pasacintas. ¡Qué fiesta, Carolina!

Y mientras ellas hablan la polilla roe lenta  
en las viejas pamelas los melados racimos  
y el marabú suave  
y la luna derrama en silencio sus óxidos.  
Más una tarde... Era la tarde como un cisne  
azul que picoteara su pecho ensangrentado.  
Lloraban quedamente por largas galerías  
las tres viejas mujeres y a su balcón llegó  
un rumor de violines destrenzando sus crenchas  
y las tres sonrieron y sus ojos iguales  
sonrieron, sus ojos que habían esperado  
violines en el alba sepulcral de Noviembre,  
en las noches de Junio que se ciñen al cuerpo  
como otro cuerpo amante,  
en el grito de Abril que escapa como un pájaro...  
Salieron a la calle. Con sus cintas al cuello,  
sus camafeos de ágata y sus guantes calados,  
andando torpemente se perdieron riendo  
por la gran avenida del parque donde otoño  
guarda en pálidas urnas exangues corazones.

NO TENGAIS, HIJOS, PRISA...

¡Ay, guardad esa luz estremecida!

DAMASO ALONSO

I

No tengáis, hijos, prisa del cariño y la duda  
de unos brazos y el alba de una sangre ascendida.  
Naceréis ahora o dentro de mil años veloces;  
cuando abril o la niebla de la frágil caricia.  
Naceréis—es lo mismo—como luz, como sombra.  
Vuestra rama desnuda, temblorosa y precisa,  
pondrá siempre su flor en el árbol frondoso  
del amor que se eleva palpitante de vidas;  
que, fugaz aire, muere con el fruto que brota,  
derrumbando en su nieve vuestra hoguera insumisa.  
No tengáis, hijos, prisa, de nacer, de ser, ay,  
la memoria de un sueño de la noche infinita.



II

No tengáis, hijos, prisa, de nacer... Ya seréis  
una humana aventura conmovida, un desvelo.  
Más que el trémulo beso prolongado en la angustia  
de una carne que implora más altura al deseo.  
Más, acaso, que el leve frenesí fugacísimo  
que profana su luz, vuestro altísimo vuelo.  
Más, acaso, que el torpe corazón que os espera  
como triste despojo desprendido del pecho.  
No tengáis, hijos, prisa de nacer, si os cautiva,  
como nube amorosa, vuestro incierto destierro.  
Si, en olvido, labráis esa efímera fecha  
que los cuerpos escriben con su sangre en el tiempo.

III

No tengáis, hijos, prisa... ¡Si pudiérais brotar  
como un dulce latido virginal de la sangre!  
Pero no, que la sangre tiene viejas raíces  
que os enlazan al tronco de su oscuro linaje;  
que la sangre que os lleva, que lleváis deslumbrada,  
late, junta, en la luz que en vosotros renace.  
No tengáis, hijos, prisa... ¡Si pudiérais nacer  
como un claro latido de las almas amantes!  
Pero no, que las almas, en la noche profunda  
del amor que os eleva, tan profundas se abaten,  
en su altiva pureza, que aun el más puro sueño  
del amor, ay, os llega como un ciego mensaje.

HIJO, SUEÑO

I

Porque en sombra naciste,  
cuando duerme la tierra,  
tan despierto en tu mundo  
de inocentes estrellas;

porque trémulo pasmó  
de la tierra aterida  
—cuando el lecho, el dolor—  
fué la luz donde habitas;

porque en tierno abandono,  
cuando el mundo olvidara,  
se abrió en sueño tu luz,  
que era luna soñada;

porque—luz, aire, estrella—  
fuiste noche y gemido  
—cuando el beso, el amor—,  
más te sueño, hijo mío.

II

Más te sueño, hijo mío,  
que eras cándido sueño;  
sólo carne en mi amor,  
sólo amor en mi anhelo.

Antes, sí, te soñara  
como un sueño gozoso,  
virginal. Ahora, ¡oh hijo!,  
que te sueño ya en todo

—cuando en ti todo sueña,  
mientras tú en todo vives—,  
el soñarte aún es más,  
que es amarte y sentirte

como un pulso celeste  
que se afirma y despierta,  
sin cesar, alejándose,  
por la inhóspita tierra.

# E Z - C L O T E T

## DESVELO

Nada te alegra, y sonries,  
hijo, en mi gozo; no escuchas  
la humana voz del silencio,  
ni esas heridas nocturnas

—sonoro abismo—que laten  
cual triste presagio, y lloras,  
en mi amor, cuando despiertas;  
y en tu oscura luz, remota

soledad que nadie cruza,  
despiertas, hijo, en el sueño  
de mi fe, cual si soñaras  
en un celeste desvelo.

Nadie te invoca, y despiertas,  
hijo, en fiel íntima aurora,  
soñando en Dios, si sonries,  
en mi honda noche, si lloras.

## JUEGO

A solas con la tarde.  
jugando con el aire.  
Jugando en su reflejo  
de límpido diamante.

Jugando vais, ¡oh niños!,  
abriendo en el paisaje  
caminos infinitos.

A solas con la tarde,  
jugando con el aire.  
Jugando en su reflejo  
de lívido diamante.

Jugando, ¡oh niños, aires!  
Abriendo en los caminos  
ensueños infinitos.

## NOMBRE

Cuán honda oigo tu voz, que aun no me llama,  
pero que ya me nombra con su llanto;  
que ya imposible amor, viene a buscarme  
con su temblor de ausencia y desamparo.

Cuán honda oigo tu voz, recién nacida,  
cual nombre que el silencio pronunciara,  
qué importa, sí, que el triste labio calle  
lo que ya el alma dice en cada lágrima.

Cuán honda oigo tu voz, adivinada,  
tu voz que aun gime lívidos candores,  
pero que ya me nombra —amargamente,  
con su infinito llanto —mortal hombre.



## AMOR

Nuestro amor crece más que los cuerpos que crecen  
cuando Dios en la aurora de los niños nos alza.  
¡Tanto amor, cual reposo previsor, que quisiera  
poner Dios en la noche de dolor de la infancía!

Crece dulce en el pecho, con el alma que vuela,  
ya radiante de alturas, en la carne angustiada.  
¡Tanto amor, cual caricia, leve sueño celestes,  
que en la tierra invisible nuestra sangre levantal

Nuestro amor crece aún más, por el cielo más alto  
cuando Dios en la muerte de los niños nos para.  
¡Tanto amor en la muerte, porque en Dios ya se elevan,  
—triste infancia rendida—, para siempre, sus almas!

# HE EMPEZADO A SENTIRME

ADOLFO GUSTAVO PEREZ

I

He empezado a sentirme  
hendida tierra, amarga de sollozos;  
sepultura de un mundo  
que se apagó, tranquilo, hace mil años.

He empezado a sentirme  
herido de amarguras, como un tronco  
viejo, como un antiguo campanario  
poblado de cigüeñas.

He empezado a sentirme carcomido  
como un leño en el fondo de un remanso.  
He empezado a sentirme  
desbordado y roto;  
—cauce deshilachado,  
por donde va la linfa apresurada  
de esta amorosa fe que nos penetra—.

He empezado a sentirme  
cercenado de lluvias añoradas,  
penetrado mi cuerpo  
de ese viento apagado  
que baja hasta las últimas raíces.

He empezado a sentirme  
difumado en la niebla del paisaje  
como una piedra gris.

II

Voy transitando, solo,  
un camino de rumbos ignorados,  
donde a veces me asaltan  
los lobos del recuerdo  
con sus rojizas fauces babeantes.

III

Y el cielo va nutriendo  
de oscilantes auroras  
ese enjambre de alondras desveladas,  
que dejan al marchar  
su júbilo moreno  
en el remoto amanecer del campo.

# LA DEBLA

JOSE ROMILLO



Todos ignoran  
como tú eras,  
porque marchaste  
sin dejar huella.  
Los más antiguos  
sólo recuerdan  
tu paso leve  
sobre la tierra.  
Dicen que dicen  
las doctas lenguas,  
que fuiste un lirio  
junto a una hoguera.  
Ancho el aliento,  
breve la letra..  
Hubo muy pocos  
que te dijeran.  
¿Por qué no vuelves?  
¿Dónde te encuentras?  
¿Sobre qué cumbres  
va tu vereda?  
¿Por qué romances  
de qué leyenda?  
Pecho de alondra,  
labios de seda..  
Todos ignoran  
como tú eras.

Rita sí te conoció.  
Sólo ella.

(Del «Cancionero de Rita la cantante».)

# JOAQUÍN GONZÁLEZ ESTRADA

## POESÍA

### HOY ME ENCUENTRO...

Hoy me encuentro distante de mi mismo.  
Soy altura y soy sombra  
de mi leve presencia sobre el tiempo.

Y algo más:

Primavera  
de este gozo interior que no sabía  
que yo llevase dentro...

### PLAZA DE BIB-RHAMBLA...

¡Ay, rumor de las fuentes  
en la madrugada...!

En aquella esquina,  
en aquella casa...  
corriendo el visillo  
de aquella ventana...

...¡una mano blanca...!

### TE VI DESNUDA...

Te vi desnuda y corriendo...  
¿Dónde ibas  
sin detenerte un momento?

El agua copió la gracia  
volante de tu reflejo  
y en la copa de un ciprés  
quedó enganchado tu cuerpo...

### ALTA MADRUGADA...

Alta  
madrugada

Cada estrella parece una flecha  
que me apunta al alma...



### LA VISION POR EL ALBA...

La visión por el alba  
de tu imagen desnuda.

Un murmullo suave  
se desliza en la bruma.

A los pies de aquel sauce  
he dejado mi angustia.

Romero por el alba,  
caminante en la espuma,

mis sandalias al viento  
las perfuma la lluvia.

### POR EL PASEO DE LOS TRISTES...

Por el paseo de los Tristes  
me ha visto la madrugada.

Miré al Darro reflejando  
las almenas de la Alhambra.

Un dolor de abencerraje  
el alma me laceraba.

Campanas del Albaycín  
doblaban al son del agua...

Bajo el silencio estrellado  
un ruiseñor sollozaba:

¡Ay, mi Granada  
que ayer fué mora  
y es hoy cristianal

### YA PASÓ LA MADRUGADA...

Ya pasó la madrugada  
y el río viene  
con rumores de alborada.  
¿En qué arroyo se detiene  
tu figura reflejada?

Impaciente en la ribera  
mi alma espera  
tu llegada.

¿Dónde estás niña barquera?

### POR LA CUESTA DE GOMEREZ...

Por la cuesta de Gómez  
vamos subiendo a la Alhambra.

La campana de la Vela  
dá las tres de la mañana.

(Pone un fondo musical  
a nuestros besos el agua)

Amor: Nos espera un lecho  
de rosas en Linderaxa.

# H. W. LONGFELLOW

## OTOÑO

Con qué gloria llega y se va el año!  
Los capullos de primavera, estos hermosos precursores  
de soleados cielos, tiempos sin nubes, disfrutan  
la novedad de la vida, y el adorno de la tierra se extiende.

Y cuando el plateado hábito de las nubes  
cae sobre el sol de otoño, y con  
sobrada alegría quita  
su alegre herencia de frutas doradas,  
majestuosidad y pompa llenan la espléndida escena.

Hay en este momento un hermoso espíritu respirando  
su madura riqueza en los apiñados árboles,  
y desde un jarro lleno de los más ricos tintes,  
vertiendo nueva gloria en los bosques de otoño,  
y sumergiendo en templada luz las columnas de nubes,  
mañana en la montaña, como un pájaro de verano,  
levanta su ala púrpura, y en los valles  
el dulce aire, un dulce y apasionado joven  
besa la sonrojada hoja, y despierta la vida  
en los bosques solemnes de profundo carmesí

y plateada haya y arce de amarillentas hojas,  
donde otoño como un débil viejo se sienta  
cansado en el camino. A través de los árboles  
el dorado petirrojo se mueve. El pinzón púrpura,  
que en el cerezo salvaje y rojo cedro se alimenta,  
un pájaro de invierno, llega con su quejoso silbido  
y picotea por el embrujado avellano mientras, fuerte,  
desde los tejados de las cabañas, el cantante pájaro azul  
y alegremente, con repetido golpe, (trina  
suena desde la trilla el trabajador mayal.

Oh qué gloria pone este mundo  
para aquel que, con un ferviente corazón, marcha adelante  
bajo el claro y glorioso cielo y tiene  
deberes bien cumplidos y días bien empleados!  
Para él, el viento, ay, y las amarillas hojas  
tendrán una voz y le darán elocuentes lecciones,  
y así oirá el himno solemne que la Muerte  
ha levantado para todos, que el irá,  
a su sitio de descanso sin una lágrima.

(Trad. de Inés Palazuelo).

## QUINTO HORACIO FLACO

### A HIRPINO QUINTIO

Quid bellicosus Contaber, et Scythes. Odas, II, XI

No habrá de atormentarte  
del cántabro y escita el odio fiero,  
Hirpino, si tu arte  
sabe allegar ligero  
los módicos recursos del guerrero.

Tras de nosotros vuela  
la juventud dichosa con su encanto,  
y la vejez recela  
de aquel delirio santo  
y huye de sus caricias con espanto.

No siempre de las flores  
conserva el brillo alegre primavera,  
ni con sus resplandores  
la luna en la alta esfera  
bajo un mismo semblante reverbera.

¿Por qué han de atormentarnos  
mil proyectos de espíritu mezquino  
y no han de recrearnos  
el plátano y el pino  
con sombra deleitosa en el camino?

¿Por qué de hojas de rosa  
no cubrimos la cana cabellera,  
y de esencia preciosa  
con la fuerza aún entera  
del nardo asirio, cuando el vino espera?

Ahuyenta Evio el cuidado  
del alma roedor ¿Qué diligente  
esclavo ha refrescado  
dulce Falerno ardiente  
en aguas de ese arroyo transparente?

¿Quién saca de su fuero  
a la escondida Lide cortesana?  
Vé, y dile que la espero  
con su lira liviana  
y el cabello anudado a la espartana.

Miguel Romero Martínez  
vertit.

# DESZO KOZTOLÁNYI

## POESIA

### FLAUTISTA

En la puerta vítrea de la farmacia  
el joven mancebo languidece  
y su flauta plañe sin descanso  
pobre, pobre,  
su canción ingenua.

Si pudiera ir de aquí a países lejanos.  
En verdad, en verdad—le responde la flauta—  
solamente andar, ir eternamente  
más lejos, más lejos.  
No quedar nunca.

En mi entierro habrá muchos nomeolvides;  
flores, flores; una tumba florida me recibirá.  
Sus labios jóvenes así hacen llorar  
tristes, tristes,  
los antiguos pifanos.

Quién sabe dondél Quién sabe desde cuando  
hace música, música ¿quién sabe donde llegará?  
Desde la ventana mira abajo una mujer rubia,  
mira, mira....  
La calle abajo es tan oscural

Su lámpara de aceite quema ya rojo-sangre.  
Flota, flota; fuera hay niebla y oscuridad.  
Sus dedos están sobre pesadas teclas de plata  
y el otoño, el otoño  
plañe con él.

### QUEJAS DE UN POBRE NIÑO

#### (INTRODUCCION)

Como el que cayó entre rieles...  
y siente a través de sí la vida que desaparece  
mientras traquetea zumbando la rueda ardiente  
zigzagueando en su fulgor mil inclinadas imágenes,  
y ve entonces como nunca ha visto...

Como el que cayó entre rieles...  
Me despido del infinito, de la lejana vida  
que ha llegado a ser una leyenda distante.  
Como el que cayó entre rieles...

Como el que cayó entre rieles...  
—panorama salvaje, terrible delicia—  
entre rieles y entre ruedas  
el triste tiempo truena sobre mi cabeza  
y la muerte a lo lejos retumba.  
Durante un segundo toco lo eterno.  
Mariposas, sueño, espanto, dulzura.

Como el que cayó entre rieles...

### SERMON

Yo que el año pasado iba con el corazón ligero  
bajo los rayos ardientes  
ahora me encuentro aquí en los eriales de la triste y livida  
y desesperadamente grito. ¿Dónde estoy? (frialdad)

Hermanos míos!  
Tuve un perro  
y no le golpeé cuando en la noche rabiosa  
el temporal de nieve rugía desafiante con el viento  
horriblemente.

Y cuando estuvo enfermo  
junto a él se agruparon  
mis tristezas, mis preocupaciones.  
Me levantaba para mirarlo  
—lo miraba igual que a un tesoro huérfano—.  
Toda la noche velé en el hogar.

Entonces no iba a coger pájaros  
en la fiebre perversa y corrompida  
porque compadecía a los pajarillos tan pequeñitos...  
Con mi red verde y ligera que agitaba alegremente  
no cojí ni una mariposa.

Nunca estuve sentado acechando en el viejo tronco de en-  
a la roja fiera no cacé en el bosque nevado; (cina;  
Evité los soleados declives de las lagartijas.  
No aplasté en el campo florido,  
a las luciérnagas.

Ahora, os digo a vosotros los hombres,  
sólo esto, solamente ésto:  
¡Tenéis lágrimas en los ojos!

### A D A N

Frecuentemente ahora pienso en tu rostro, Adán.  
¡Oh antepasado mío!, porque me duele mi existencia  
y mi nombre es hombre.  
En el lecho de siervo de la preocupación  
hacia tí mi mano agito resignado.

Feo hombre—animal inmundado, entre tigre y papagayo  
sobre el que se balancea el grueso árbol del pan.  
Con las uñas te rascas tu roja barba  
y me imagino, que tus dientes están ensangrentados.

Oh primer hombre, oh camino de dolores,  
del cual he heredado mi destino doloroso,  
ojalá pudiera verte frente a frente  
para que ahora, cuando la lágrima y la maldición me que-  
(man,  
pudiese como loco, furioso, lanzar mi puño contra tu rostro.

(Trad. de Carlos Benedek y Julio Aumente).

# URIEL

RICARDO MOLINA

**Chateaubriand.** Hace un siglo que el vizconde de Chateaubriand descendió «resueltamente con el crucifijo en la mano a la eternidad.» No importa que confundiendo la personalidad humana y la obra, algunos de sus ilustres contemporáneos negaran originalidad a sus creaciones y resaltarán en primer plano sus personales defectos de hombre. Con Chateaubriand empieza en Francia el sorprendente linaje de los poetas mágicos, de los coloristas y músicos del idioma. El «poseur» de salón fué también ante todo el poeta de la «forma». Su romanticismo se expresó siempre en actitudes teatrales, gestos seductores y plásticos: Don Juan del estilo. Fué por eso el patriarca no solo de la escuela romántica sino del simbolismo: No imaginamos sin él a un Baudelaire, cuya remota, pero auténtica prefiguración nos ofrece René.

Es natural que sus contemporáneos no acertarán a calar la penetración y originalidad de su arte. Muchos, pasado el deslumbramiento que siguió a la publicación del *Genio del Cristianismo*, incluso le negaron toda suerte de méritos: humanos y literarios. (Esto no es negar la indiscutible popularidad, en parte literaria, política y religiosa que gozó en su tiempo).

Una página del *Journal d'un poète*, de A. de Vigny, me parece significativa: «*Hipocresía política, religiosa y literaria, falso aire de gloria, he aquí cuanto hay en este hombre que nunca inventó nada: René es una imitación de Werther; Atala, de Pablo y Virginia; Los Mártires son un mosaico cada una de cuyas piedras fué arrancada de un monumento antiguo; El Genio del Cristianismo es un libro de mala crítica literaria extraordinariamente anticuada...*»

Imposible encontrar juicio más apasionado e injusto. Pero los entusiastas, como Lamartine, no fueron más clarividentes. Unos se dejaron arrastrar por un ciego impulso de admiración, otros, sólo vieron en su obra el aspecto menos interesante: el argumental. Ni unos ni otros paladearon las maravillas de refinamiento esparcidas por su obra, ni esa virtud esencialmente femenina de convertir todo cuanto le rodeaba en genial escenario de su personalidad; porque nadie supo como él captar lo externo de la Naturaleza y de los hombres y utilizarlo como medio expresivo de su melancolía, de su desencanto, con un grado tal de magia que la misma Naturaleza se transfigura en sus descripciones en «Chateaubriand». Es este poder maravilloso el que canta Francis Jammes cuando en un verso escribe

*El viento suena a Chateaubriand!*

Solemne y pintoresca, con amarillo esplendor de viejo grabado y de ruina, la poesía de Chateaubriand dejó en Europa imborrable huella; su encanto único, inimitable, tiene una profundidad que en vano buscaríamos en ningún otro prosista romántico.

**Los Pájaros y el Amor.** Los pájaros misteriosamente entremezclados a los amores: la paloma de David, el halcón de Calixto, el águila o el cisne de Júpiter, el ruiseñor de Romeo...

**J. Supervielles y la Poesía Humana.** La lectura del volumen 51 de Adonais consagrado a J. Supervielles, en buena traducción de L. Rodríguez Alcalde, me trae a la memoria un artículo de Casais Monteiro sobre Supervielles, donde se exaltan los valores humanos de su obra, que opone a la de P. Valéry.

Sería interesante estudiar, o señalar al menos, la parte de Supervielles en la formación de la actual corriente «humana».

En el volumen de Adonais se han seleccionado con preferencia aquellos poemas cuyo tema podría decirse que hace «pendant» con la temática en boga en nuestros ya humanísimos poetas.

Qué descanso cuando encontramos—joya imprevista—versos como:

*Las damas enlutadas cogieron el violín  
para tocar de espaldas al espejo.*

En una época de inquietudes opresoras como la nuestra, lo bello es el supremo consuelo que puede ofrecer el poeta a los hombres; no lo bello inventado y remoto, sino la belleza auténtica y cotidiana que nos rodea y que solo puede ser descubierta por la poesía.

**Perfección.** Hay una música que ilumina y traspasa el verso, cuyo encanto ha sido, que yo sepa, poquísimas veces señalado—o ninguna. Como siempre es en Góngora donde hallaremos el perfecto canon.

La seducción del celebrado endecasílabo

*infame turba de nocturnas aves*

radica en algo más que en la simetría de acentuación en las 4.<sup>a</sup> y 8.<sup>a</sup> sílabas, que son también las aliteradas. El verso está interiormente instrumentado en un cuarteto de sutiles asonancias:

*infame  
turba  
de nocturnas  
aves*

Nos hallamos en un caso tal de orquestación que cada palabra juega una función sinfónica, esto es, de musical interdependencia. Sobre las graves resonancias del nuclear acorde «*turba*» y «*nocturnas*», «*infame*» y «*aves*» se confunden en un penacho de neutra melodía.

Y el verso se muerde la cola: Deliciosa serpiente de música.

**La Poesía y la Vida.** «*Non mortui laudabunt te, Domine, neque omnes qui descendunt in infernum. Sed nos qui vivimus, benedicimus Domino.*»

Ps. 113, 18.

**La Muerte y los Poetas.** Contradecir la idea de la Muerte en los poetas. La Muerte no es, como la cantan, bella, compasiva, sino horrible, inexorable; y tampoco horrible, inexorable, sino bella, compasiva...

## KOSZTOLÁNYI (Dezso)

POR  
CARLOS BENEDEK

Desde que él murió, mi mundo se hizo oscuro. Diez años han pasado, pero él no está más muerto ahora para mí que entonces. Ahora ya sé que no fue él quien murió, pero de mí ha muerto una parte (quizá la mejor) pues era mi imagen que vivía en su mente. El permanece en mí sin mutación alguna. Viven su voz, sus miradas, sus gestos espontáneos y todo su amor a lo creado. Cuando mi amigo Ricardo me rogó que escribiese algunas líneas sobre él, para darlo a conocer al público español, me asusté. ¿Cómo podría yo fijar en palabras lo que es Kosztolányi, cuando él es para mí un mundo entero?

Era el mayor lírico húngaro del primer tercio del siglo. Los húngaros de hoy aprecian más a su contemporáneo *Ady* (Éndre), el cual responde mejor a su época y a la nuestra, porque era un sombrío luchador contra su Gobierno, contra su Dios y contra sí mismo. El eterno revolucionario protestante. Al contrario Kosztolányi no es el poeta de una u de otra época, sino de todas. El tuvo poca influencia en la vida pública y sus ojos de niño asustado miraban siempre con asombro las maniobras y las pasiones políticas. El húngarismo desesperado, continuamente fiero y tenso de *Ady* le fué siempre extraño. Puede ser que su extrema delicadeza y ternura sean debidas a la herencia de algunos antepasados eslavos, pero nadie sabía el húngaro como él. Nadie amó tanto y conoció tan profundamente todas las posibilidades escondidas de nuestro idioma asiático. El paisaje húngaro con su polvo flotante, sus girasoles, sus álamos, sus mares de trigo, viven en sus versos lo mismo que la vida llena de anhelos reprimidos de las pequeñas ciudades húngaras, melancólicas e íntimas, o que la inquietada y acelerada joven capital, Budapest; los habitantes silenciosos y humildes de los barrios exteriores por igual que la gente bulliciosa de las universidades y los cafés o las vidas arregladas en los pisos burgueses. Todos los afanes, todos los sentimientos; la alegría, la duda, la desesperación, el silencio y el dolor.

Pero Kosztolányi era algo más que un húngaro. Era hombre en la más profunda acepción cristiana de la palabra. Su poesía se dirige a todos los hombres, porque la vida de todos está dentro de él mismo. Las emociones subconcientes de todas las edades se reflejan en su alma, como en un lago puro, desde su primer éxito «*Las quejas de un niño pequeño*», hasta sus últimos versos de los cuales irradiaba la luz tamizada del crepúsculo de la vejez que comienza. No tiene poesías religiosas, quizá porque la fe no era un problema atormentador para él, sin embargo nunca he conocido hombre más compenetrado con el espíritu de Cristo. Jamás odió a nadie; por instinto comprendía a sus semejantes, porque no tenía hacia ellos más pasiones que el amor. No solo sabía describir en todo un volumen de poesías los sentimientos ingenuos de un niño; no solo sabía dar voz como nadie al alma de las vírgenes silenciosas y

a las de los buenos que titubean en la vida, sino que también podía derramar en poemas que rayan casi en el amor, los sentimientos del poeta sin talento, del tahir, de la prostituta contaminada, de los asesinos condenados, e incluso pudo amar al malhechor crucificado al lado izquierdo de Cristo. («A bailar») Todo el que sufría era su hermano... El sacerdote que le atendió a la hora de su muerte me dijo: «No lo lllore. Ha tenido la más bella muerte. Era un niño confiado que marcha hacia su Padre.»

De las circunstancias cotidianas de la vida de Kosztolányi ¡qué podría yo decir! Respondían a las exigencias ciudadanas y sociales en todo. Nació, vivió y murió. Amó a sus padres, a sus allegados, a su esposa e hijos y a sus amigos. Tenía su pequeñas vanidades y sus caprichos. Pero nada de esto es esencial, si se le quiere conocer verdaderamente. Tampoco han de dar idea de él los pocos versos que ahora se ofrecen al público español. Porque no se puede interpretar la particularísima música del alma que palpita en su poesía a través de la magia de sus palabras. No sin razón titulaba él «*MAGIA*» a su libro de versos más querido.

«...Así me balanceo al compás de mi alma  
hasta que este poema se haya concebido...»

escribe en una de sus poesías. Este mismo «balanceo al compás del alma» siente el lector húngaro leer al Kosztolányi en su lengua nativa. Y esto sentía inconscientemente cada uno de los que tuvieron algún contacto con él.

El amaba la literatura de todos los países, y podía igualmente comprenderla. Tal vez más que a todas a la española. Jamás estuvo en España y probablemente nunca conoció a ningún español. Por su propio gusto aprendió el idioma en los clásicos castellanos, habiendo hecho numerosas traducciones de ellos. Cuando en la primavera de 1914 estuve en Andalucía, él estaba traduciendo una obra de Echeagaray que posteriormente se representó en el Nemzeti Színház, primer teatro de Hungría. Esto me lo comunicó desde Budapest en una carta redactada en un español curioso: extraña mezcla del viejo Romancero y de la lengua de Calderón y de Echeagaray.

### OCTAVIO SMITH

El poeta cubano Octavio Smith nació en Caibarien (provincia de Santa Clara) en 1921. En 1946 publicó su primer volumen de versos titulado «*Del Furtivo destierro*». Para información bio-bibliográfica más amplia puede consultarse «*Diez Poetas cubanos*» (1948) antología que recoge los poemas más representativos de la lírica cubana desde 1937 a 1947.

La poesía de Smith se caracteriza según su colega y paisano Cintio Vitier: «Por la aguda incineración de los sentidos en un fervor ascético...; fruición claustral de lo romántico y radioso lirismo impregnado por el recuerdo de la infancia transcurrida en un pueblo marino...; una mirada cuya intuición básica es el desgarramiento sigiloso, por la caída inmemorial, de un reino incorruptible: fábula o paraíso...»

LIBRERIA  
VIUDA DE

LUQUE

S. en C.

C Ó R D O B A

CELESTE  
CORDOBA  
ENJUTA



NÚMERO 7 - CÓRDOBA - OCTUBRE - NOVIEMBRE 1948